

¡Cosa extraña! Un Padre latino formuló la doctrina de la unidad absoluta de la Iglesia, legando este instrumento de dominación á Roma en el momento en que Alarico puso fin al reinado secular de la Ciudad Eterna. Un imperio nuevo se levantó sobre los restos de la antigüedad pagana, y todavía fué Roma quien le fundó. El genio romano no es el genio de la humanidad, y no se interesa por el desenvolvimiento de las facultades que Dios ha dado al hombre: para el pueblo rey, las letras y la filosofía no fueron más que un botín de la conquista, mostrando únicamente originalidad en el derecho de que se servía para gobernar á los pueblos; la Roma cristiana heredó su genio dominador, y quiso subyugar á la cristiandad entera con sus leyes uniformes é inmutables, atestiguando la Iglesia romana, por una contradicción providencial, que hay un elemento de nacionalidad y de raza en la religión misma; el cristianismo, aun dando al pueblo romano otras creencias, no cambió las tendencias de su espíritu; Grecia le suministró los dogmas cristianos, así como le había dado la filosofía pagana; Roma, que tomó su doctrina de los concilios griegos, en vez de desenvolverla, la detiene é inmoviliza para imponerla como una ley al mundo cristiano; su dominio no es para liberar el pensamiento, ni se interesa por el perfeccionamiento moral; es por la disciplina, el gobierno y el imperio; las legiones y el derecho habían sometido á la Europa á la unidad romana. La teología fué el arma con que los papas conquistaron la Europa, y con sus fórmulas teológicas trataron de encadenar todo movimiento independiente del pensamiento, convirtiendo á la religión en una especie de derecho estricto, que no conoce ni la equidad ni la caridad (1).

Los destinos del pontificado van unidos á la esclavitud del pensamiento humano y á la persecución de toda opinión disidente. Hay en el Vaticano una sala que se llama *real*, y Gregorio XIII la hizo decorar en 1580 con pinturas que representaban hechos históricos que manifiestan el poder y la gloria de los soberanos pontífices, y en la cual se ve á Gregorio VII recibiendo la humilde sumisión de Enrique IV, á Alejandro III absolviendo de la

(1) VOLTAIRE, *Ensayo sobre los costumbres*, c. XLV: «En todas las disputas que han tenido los cristianos entre sí desde el nacimiento de la Iglesia, Roma se ha decidido siempre por la opinión que sujetaba más al espíritu humano y que más anulaba el pensamiento.»

excomunión al poderoso Barbarroja, la toma de Túnez y la batalla de Lepanto, victorias alcanzadas por los discípulos de Cristo sobre los sectarios de Mahoma; después de estos recuerdos gloriosos se ve á Carlos IX aprobando, en pleno parlamento, la condenación de los hugonotes, y, por último, un cuadro que representa la matanza de los protestantes en la noche de Saint-Barthélemy; de modo que, en concepto de la santa sede, la Saint Barthélemy es un florón de la corona pontificia, así como el triunfo de Gregorio VII y Alejandro III sobre los emperadores de Alemania (1).

No queremos hacer responsables á los papas de toda la sangre que se ha vertido para imponer al espíritu humano el yugo de la Iglesia; á quien es preciso acusar es á la revelación, porque la intolerancia es esencial en toda religión revelada; Roma no hizo más que prestar al cristianismo la dureza de su carácter. El pontificado tiene la ambición de difundir el Evangelio por el mundo entero; y cuando la palabra es impotente para convertir á las poblaciones paganas, no vacila en recurrir á la fuerza; aplaude á Carlo-Magno bautizando á los Sajones con sangre, y bendice las armas de los caballeros cristianos que fueron á reducir al Evangelio á los pueblos esclavos: la violencia empleada para propagar una religión de paz y de caridad no asusta á los descendientes del pueblo rey; pero hé aquí que estalla la insurrección en el seno mismo de la cristiandad, amenazando desgarrar en mil pedazos la túnica de Jesucristo; Roma va á ahogar la insurrección de la razón contra el dogma admitido, del mismo modo que las legiones habían ahogado la revolución de las provincias, y el pontificado organizó una milicia especial encargada de la inquisición de las creencias y de la investigación de las herejías. ¿Cómo conciliar el castigo de los herejes con la ley que prohíbe derramar sangre á los clérigos? Para descargarse de la responsabilidad de la sangre vertida, la Iglesia hace responsable al poder secular, á quien entrega los culpables. ¡Afrentosa hipocresía que pretende unir la dulzura de la misericordia á la presión de la venganza! La sangre corre á torrentes; pero no se enfrena á la razón como se reducen provincias; la sangre de los herejes es sangre de mártires; es la semilla de la libertad intelectual, que dará sus frutos. La reforma del

(1) DELECLUZE, *Gregorio VII*, p. 237-239.

siglo XVI está enlazada con las herejías del siglo XIII.

Quería el catolicismo realizar la unidad por medio de la fuerza, y se estrella contra una fuerza mayor, porque la libertad de la razón es divina. La unidad cristiana supone que la Iglesia está en posesión de la verdad revelada por Dios, y de aquí que se crea en el deber y con el derecho de imponer sus dogmas á todas las inteligencias; mataría la libertad de pensar si tuviera poder para ello; pero la razón rechaza las cadenas que se le quieren imponer á nombre de una pretendida revelación. Dios no revela la verdad al hombre; le da la misión de buscarla y practicarla en los límites de su imperfección. Como expresión de una religión revelada, el pontificado era incompatible con esta ley de nuestra naturaleza y debía desaparecer; la unidad será siempre el ideal de la humanidad, porque, siendo una la verdad, debe también ser una la sociedad de las almas; pero no podría resultar la unidad de un dogma por el cual se hiciera una ley obligatoria para la humanidad entera; esto sería una violencia moral, y la fuerza, lejos de poder fundar la unidad, es el mayor obstáculo para su formación, haciendo imposible la sociedad espiritual, fundamento de la unidad, porque la sociedad espiritual no existe sino por la libre actividad y la libre adhesión de las inteligencias; además, esta unidad de los espíritus no sería jamás absoluta, como lo imaginaba la Iglesia católica, ni puede serlo en el mero hecho de descansar en la libertad; y no solamente habría siempre herejías, como dice San Pablo, sino que estas herejías tienen su legitimidad divina, y no son un crimen, sino un derecho.

No sentiremos, pues, que se haya roto la unidad espiritual de la Edad Media; el hombre no debe echar de menos las envolturas de su infancia. La unidad cristiana no es más que una preparación de la unidad, si se quiere mejor, un paso dado en el desenvolvimiento progresivo de la unidad, pero nunca la unidad definitiva que la humanidad está llamada á realizar. Los papas no tenían capacidad para fundar la verdadera unidad; ellos mismos se encargaron de mostrar su impotencia; el pontificado fué quien comenzó á desgarrar el Occidente cristiano; es verdad que venció al imperio y las herejías; pero ¿consolidó por esto la unidad cristiana? Lejos de ello, el poder que quiere la unidad más absoluta y más tiránica llega á ser el autor de la di-

visión más escandalosa. Dos y tres papas se repartieron la cristiandad, se pusieron en entredicho, se fulminaron mutuamente anatemas; pero no pudieron aniquilarse, y la unidad cristiana se convirtió en la más monstruosa anarquía. La Iglesia no encontró en sí misma el medio de poner fin al cisma, y fué preciso que interviniese el poder secular para restablecer la unidad católica; desde entonces el pontificado no tiene ya razón de ser. Los reyes le quitan el poder temporal y los concilios le disputan el poder espiritual y se apoderan de la dirección de la sociedad cristiana; esta es la decadencia del soberbio poder á quien le estaba encomendada la misión de regir al mundo; el papa no es ya el vicario de Dios, gobernando las almas y dominando á los emperadores; es un jefe electivo, subordinado á las decisiones de la cristiandad, representada en los concilios. Las doctrinas de Constanza y Basilea dan la mano á la Reforma. La unidad cristiana no es ya más que una ruina para añadir á las que cubren á la Ciudad Eterna.

## SECCIÓN 2.<sup>a</sup>

### EL PONTIFICADO Y LAS NACIONALIDADES

#### § I.—El cisma griego.

##### N.º 1.—Las causas del cisma.

La ambición temporal del pontificado y la opresión fiscal, esa llaga de la dominación universal, desmembraron el Occidente de la sede romana. En el siglo XIII, cuando la monarquía pontificia estaba en el apogeo de su poder, acusó la Iglesia galicana también al orgullo de los sucesores de San Pedro de haber provocado el cisma de los cristianos de Oriente; los papas se defendieron vivamente de esta imputación, atribuyendo la causa del cisma al genio intrigante de Focio, célebre patriarca de Constantinopla (1). Creemos que tenían

(1) En 1267, concedió el papa á San Luis el diezmo de las rentas del clero, durante tres años, para los gastos de la cruzada. La Iglesia galicana se quejó amargamente de semejantes exacciones, por las que se la reducía á servidumbre. Atribuyó el cisma de los Griegos á las exacciones de la corte de Roma. El papa Clemente respondió que la verdadera causa del cisma era la ambición de Focio (RAYNALD, *Annal. Eccl.*, a. 1267, §§ 55, 57). Tal es también la opinión del jesuita MAIMBOURG (*Hist. del cisma de los Griegos*, lib. 1): «El cisma ha tenido por principio la incestuosa pasión de un príncipe y la extremada ambición de un cortesano.»



razón en rechazar el cargo que se dirigía á su despotismo, á propósito del cisma griego; en efecto, la separación data de una época en que su poder no podía ser opresivo, porque apenas existía. ¿Es esto decir que deba atribuirse el cisma á miserables intereses personales? Ya lo hemos dicho más de una vez: no es cierto que pequeñas causas produzcan grandes efectos; ahora bien, el cisma es uno de los acontecimientos más importantes de la historia. Los Griegos son los primeros que protestan contra la pretensión de la Iglesia de imponer una ley uniforme á todas las naciones, y su protesta sale victoriosa; el cisma resiste á todos los esfuerzos hechos para restablecer la unión; la unidad cristiana está rota antes de formarse; todo un mundo, el Oriente, queda fuera de la dominación de aquel que se titula vicario de Dios; un hecho tan trascendental, ¿no había de reconocer más causa que la ambición de un patriarca y la brutalidad de un emperador? Las malas pasiones de los hombres no explican nada por sí solas; es preciso profundizar más cuando se quieren descubrir las leyes que producen y encadenan los acontecimientos.

Una división tan antigua como el mundo separa al Oriente del Occidente; en vano han tratado de unirlos los emperadores. Las hordas asiáticas no han llegado jamás á dominar las poblaciones europeas; el héroe más venturoso del mundo occidental, Alejandro, no hizo más que atravesar el Asia; los Romanos no penetraron tan lejos como los Griegos; más tarde intentó la religión lo que no habían podido conseguir las armas. El cristianismo pertenecía á ambos mundos; nacido en Oriente y asimilándose los trabajos de la filosofía occidental, parecía, pues, destinado á hacer la fusión; sin embargo, la religión fracasó como la conquista; la raza helénica fué para la cristiandad el principio de un irremediable fraccionamiento; los Griegos, que habían nacido divididos, no llegaron jamás á la unidad, ni en el terreno del pensamiento ni en el de la política; los filósofos de Grecia se dividieron en escuelas enemigas, los teólogos en sectas hostiles; repugnaba al genio griego doblegarse bajo una ley uniforme é inmutable; Roma, que dominaba al Occidente, no tenía las brillantes cualidades de la Grecia; faltábala la iniciativa del pensamiento, pero se distinguía por su sentido práctico, y poseía en más alto grado el genio de la unidad y de la dominación; tales eran los rasgos

distintivos de las dos razas; la oposición era profunda; Roma quería imponer una unidad de hierro á los espíritus, mientras que Grecia no vivía más que por la libertad y la independencia; es evidente que la unión era imposible.

Estas contrarias tendencias del Oriente y el Occidente se manifestaron muy pronto en el seno del cristianismo. La Iglesia griega se distinguía por un espíritu más amplio; sus teólogos opinaron por la libertad humana contra la gracia que absorbe al hombre en Dios; su caridad alcanzaba á todo el género humano, no pudiendo comprender que quedase un solo ser privado de la salvación eterna. La Iglesia latina infundió á la teología la inflexible rigidez que había engendrado el derecho estricto. La libertad hubiera estorbado á su espíritu de dominación; los Padres latinos no la dejan subsistir más que en el nombre; su doctrina de la gracia somete todas las inteligencias á Dios, es decir, á la Iglesia y al pontificado, su órgano; poco importa á la Iglesia latina la salvación del género humano; se aferra al dogma de las penas eternas, porque es un excelente medio de gobierno y un poderoso instrumento de influencia y de poder; la división que había en los espíritus conducía al cisma en las Iglesias.

Si se hubiera conservado el imperio romano, tal vez habría prevalecido una unidad aparente bajo la opresión de la autoridad imperial; pero cuando los pueblos del Norte hubieron destruido el imperio de Occidente, la división política suscitó la división religiosa. Los emperadores de Constantinopla afectaban un soberano desprecio hacia los Bárbaros que pretendían suceder á los Césares de Roma; la nación griega sentía el mismo desprecio por la Iglesia latina; y acusando á los Latinos de haberse hecho Bárbaros, se lisonjaban ellos de ser herederos de la más brillante civilización; y, en realidad, todo el cristianismo primitivo lleva impreso los rasgos del genio helénico. Los Evangelios fueron escritos en la lengua de Platón; la filosofía presidió al desenvolvimiento de los dogmas cristianos; no había un misterio, un rito, ni un uso que no fuesen griegos; los Padres de la Iglesia fueron casi todos hijos de la Grecia; los concilios ecuménicos, compuestos de obispos griegos, se celebraron también en ciudades griegas. ¡Qué orgullo para la vanidad de los Helenos! El orgullo de la ciencia vino á ser nueva causa de di-

visión. Roma, que aspiraba á la dominación de las inteligencias, estaba invadida por los Bárbaros; ¿podían los Griegos que habían sido los señores de Roma, no sólo como filósofos, sino también como teólogos, aceptar el yugo de la barbarie? Hé aquí las causas del cisma: la ambición rival de Roma y Constantinopla le hizo irremediable. Los emperadores griegos se decían sucesores de los Césares; á sus ojos, Roma, la señora del mundo, había abdicado, cayendo en poder de los hombres del Norte. Constantinopla era la verdadera, la única heredera del imperio de Occidente; esta pretensión á la monarquía era incompatible con la ambición de la Iglesia latina. Concentrándose en una poderosa unidad, la Iglesia romana quería dominar sobre toda la cristiandad, reclamando los sucesores de San Pedro la supremacía en virtud de un derecho divino; esta supremacía espiritual no tardó en conducir á una supremacía temporal; y ¿cómo el emperador griego, que se decía dueño del mundo, había de reconocer un superior? Su orgullo no le permitía tener el estribo al papa; el patriarca de Constantinopla participaba del orgullo de su emperador; y siendo obispo de la capital de Roma, se negó á someterse al obispo de Roma.

Tales fueron las verdaderas causas del cisma inherentes á la raza y á la civilización de Grecia y Roma; así es que el cisma comenzó en el momento que las dos Iglesias se pusieron en presencia una de otra, y durará mientras haya Latinos y Griegos.

## N.º 2.—El cisma.

### I.

Data el cisma, en apariencia, del siglo IX; pero, en realidad, existió desde que hubo una Iglesia latina y una griega. Los griegos importaron al cristianismo su espíritu especulativo é introdujeron la enseñanza de la filosofía en los dogmas, de la nueva religión, no aceptando la fe sino á condición de que se conformase con la razón. Los Latinos, en caso de necesidad, creían en los dogmas, no aunque fuesen absurdos, sino porque son absurdos. Compárese en el siglo III á Orígenes y Tertuliano: un abismo los separa. El espíritu de libre pensamiento de los Griegos engendró herejías en religión, como había producido sectas en filosofía, mientras que los Latinos querían á todo trance unidad, á riesgo de

ahogar la razón; entáblase un inmenso debate sobre si Jesucristo es Dios ú hombre; imbuidos en la enseñanza de la filosofía, la Iglesia griega repugnaba admitir un Dios que se había hecho carne; la Iglesia latina no vaciló en creer en el Hijo consustancial con el Padre, porque Roma presentaba en este dogma el fundamento de su dominación; el Oriente arriano amenazó separarse del Occidente católico; y si triunfó la fórmula de Nicea, es porque la Iglesia naciente sentía que la unidad era para ella una condición de existencia (1).

El mundo cristiano cree, pues, que Cristo es Hombre-Dios; pero hé aquí que los Griegos promovieron nuevas dificultades: si Jesucristo es juntamente Dios y Hombre, ¿debe creerse que hay dos voluntades, ó que no hay más que una? La filosofía declaró que no podía admitir dos voluntades en un solo ser. Los Latinos, lógicos en su inconsecuencia, se dijeron: si hay dos naturalezas, ¿por qué no ha de haber dos voluntades? Los ánimos se encienden; Constantinopla y Roma se dividieron hasta el punto de existir el cisma, aunque el papa y el patriarca viviesen bajo las leyes de un mismo imperio; la división fué mayor, aun cuando en el siglo VIII el emperador griego, de acuerdo con la mayoría de los obispos, abolió el culto de las imágenes, siendo éste como el último destello del genio filosófico de la Grecia. Roma, más aficionada á las ceremonias exteriores, se acomodaba á las prácticas supersticiosas, con tal que fuesen un instrumento de dominación: el papa se rebeló contra el emperador, y supónese que llegó hasta excomulgar á León y prohibir que se le pagase tributo (2).

Las disensiones teológicas de los Latinos y los Griegos son la expresión de la antipatía que dividía las dos razas; esta oposición sola hubiera bastado para separar á la Iglesia griega y á la Iglesia romana, que es la que ha alejado de Roma á las sectas poderosas que reinan en Oriente. Los nestorianos y los jacobitas son cristianos sin ser católicos, no reconociendo nunca seriamente la unidad

(1) SAN BASILIO, desesperando de encontrar en la Iglesia de Oriente elementos de unidad y salvación, se dirige á los obispos de Occidente, en donde reina la mayor armonía (*Epist. cx*), á la Iglesia que ha conservado intacta la herencia de los Apóstoles (*Epist. cxxlii*). El Occidente, dice, debe devolver al Oriente el beneficio que de él ha recibido, prestándole unidad y fe (*Epist. xci*).

(2) Los historiadores griegos lo dicen positivamente. Véase la discusión de esta cuestión en BASNAGE, *Hist. de la Iglesia*, lib. vi, c. v, § 2.